

«Los libros de Javier Mina están hechos de observación aguda, erudición sin pedantería y buen gusto literario.» FERNANDO SAVATER



EL DILEMA DE PROUST

○

EL PASEO DE LOS SABIOS

Un ensayo sobre el paseo en la historia y la literatura universales

JAVIER MINA

ENSAYO | Berenice

Javier Mina

EL DILEMA DE PROUST

O EL PASEO DE LOS SABIOS

Un ensayo sobre el paseo en la historia
y la literatura universales

© Javier Mina, 2014

© de esta edición: Editorial Berenice, S.L., 2014

www.editorialberenice.com

Editor: Javier Ortega

Diseño y preimpresión: Equipo Berenice

Corrección: Deculturas S. Coop. And.

Conversión: Óscar Córdoba

ISBN: 9788415441724

Código BIC: DNF; BG

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

*Para Josebe
(Y los pocos amigos)*

Preámbulo

EL DILEMA de Proust tiene que ver, naturalmente, con el paseo, o no hubiera dado título al libro. De pequeño, el agudo Marcel se veía confrontado a la alternativa o bien de pasear por el camino de Guermantes o bien por el que discurría por delante de la casa de Swann. Es decir, *du côté de chez Swann* o por *le côté de Guermantes*, en las respectivas acepciones originales que encabezarán sendos libros de la monumental *A la búsqueda del tiempo perdido*. En realidad, la decisión sobre el camino a tomar era tan drástica que implicaba salir por un lado o por otro de la casa de campo que ocupaba transitoriamente la familia Proust en Combray. Ahora bien, la posibilidad de elegir uno u otro itinerario no correspondía al chaval, sino a los adultos, por lo que no se veía confrontado directamente al dilema. El auténtico dilema se producirá durante uno de esos paseos — el del camino de Guermantes— y afectará directamente al niño Proust, por cuanto deberá optar por una de las disyuntivas a las que se ve emplazado. En efecto, el pequeño rumia si deberá de seguir o no un camino muy particular, el de la escritura. Y concluye que no:

Desde aquel día, en mis paseos por el lado de Guermantes sentí con mayor pena que nunca carecer de disposiciones para escribir y tener que renunciar para siempre a ser un escritor famoso. La pena que sentía, mientras que me quedaba solo soñando a un lado del camino, era tan fuerte; que para no padecerla, mi alma, espontáneamente, por una especie de inhibición ante el dolor, dejaba por completo de pensar en versos y en novelas, en un porvenir poético que mi falta de talento me vedaba esperar.

De toda evidencia se trata de un falso dilema. O no hubiéramos podido saber nada de los paseos de un Marcel Proust niño que volvería, ya de adulto, a transitar por aque-

llos caminos de la infancia meditando sobre lo que se convertirá finalmente en libro. Empresa en la que ya no tuvieron tanto que ver los pies sino cierta magdalena. Porque escribir o no escribir, ese es el verdadero dilema, a menos que consista en pasear o no. Pero una cosa está clara, de lo que se va a tratar aquí es del paseo llevado a la página aunque sólo sea para dar razón al subtítulo.

Resulta plausible pensar que las cosas no sucedieron invariablemente así, es decir, que el paseo no siempre ha sido cosa de sabios, por jovenzuelos que fueran. Hasta pudo haber momentos en que ni siquiera se paseó, pero una cosa es verdad, todo comenzó en el valle africano de Laetoli, cerca de Olduvai, hace cuatro millones de años. O así lo atestigua el descubrimiento realizado en 1976 por Mary Leakey y su equipo. Cierta día que excavaban en busca de restos humanos —o similares— encontraron las huellas fosilizadas de tres homínidos que caminaban en la misma dirección. Del estudio de las huellas, los científicos concluyeron, primero, que se trataba de individuos adaptados anatómicamente para andar erguidos y, segundo, que caminaban tranquilamente, es decir, que no les acuciaba ni la urgencia de la caza ni la de la huida. Gracias a las cenizas del cercano volcán Sadiman quedaron congeladas, pues, para la posteridad las primeras huellas de lo más parecido a un paseo que se conoce. Desde aquel episodio tan lejano en el tiempo hasta el más lejano en el espacio —por el momento—, el que Armstrong dio por la Luna —«Un pequeño paso para el hombre, pero un gran salto para la humanidad»—, han mediado muchas zancadas. La mayoría seguramente dados por cumplidas —el pie ha sido y es el vehículo del pobre—, pero no han faltado los nacidos del placer asociado a ellos, el paseo.

Y, sí, puede que al comienzo fuera cosa de sabios, porque fueron ellos los que, además de practicarlo como el resto de los mortales, levantaron acta del mismo si no es que lo convirtieron en un arte asociado al pensar. No cabe duda de que les corresponde a los sabios de la Antigüedad griega haber hecho filosofía paseando y, a los de la Anti-

güedad romana, mostrarse paseando, es decir, interactuando con el entorno para resultar modificados por él. Bien es cierto, que sobrevino una época oscura donde casi no se podía pasear —la Edad Media— y que desde el siglo xvi se empezó a pasear mucho. Tanto, que se fueron dando paseos especializados —los de ver y dejarse ver, los de recolectar plantas o minerales, los montañistas...— y no faltaron las maneras de hacerlo poco sabias e incluso tontas —como por ejemplo, pavoneándose—, pero todo contribuyó a que el paseo se fuera perfeccionando. Atravesó una etapa teñida de melancolía y emociones con los románticos, para acabar desembocando en un paseante llamado Baudelaire que sentó las bases del paseo moderno sencillamente porque lo incardinó a la ciudad moderna que estaba naciendo bajo sus pies. En lo práctico, todo eso llevó al paseo cardiosaludable o de aventura en sus diferentes modalidades, y, en lo artístico, a cumbres literarias y obras vanguardistas. No cabe imaginar que el paseo pueda morir de éxito, aunque es fácil que resulte distinto al que dejaron sentados los sabios. Porque el paseante está incorporando a su forma de ser tecnologías de última generación que, por un lado, le anulan como sujeto distrayéndole de pensar y, por otro, le borran el entorno sustituyéndolo por pantallas. Visto lo visto, hasta es posible que los homínidos de Laetoli no pasaran porque iban enchufados audiovisualmente a sus *smartphones*.

UNO: HACIA EL PASEO

Grecia: paseando por necesidad (y virtud)

Y sin embargo camino.

Merleau Ponty

¿EXISTE LA máquina del tiempo? Al menos lo parece, porque de lo contrario no se explica cómo pudo mantenerse congelada la Atenas clásica quinientos años después de su esplendor y tras haber sufrido diferentes reveses, no siendo el menor el de ya no ser nadie. En efecto, cuando en el siglo II de nuestra era cierto paseante —un geógrafo de origen lidio llamado Pausanias— recorra sus calles verá cómo el trazado de la ciudad permanece incólume y cómo siguen en pie sus principales monumentos sin haber sufrido casi achaques. Lo que estaba contemplando Pausanias era lo que vio Pericles, más lo que vieron quienes llegaron siglo a siglo después. La Atenas que encuentra Pausanias parece, por lo tanto, embalsamada, de no ser que se trate de una apresurada polaroid en la que únicamente faltan los atenienses, porque al geógrafo paseante debe de sobrarle el color local, aquello que buscarán allí mismo —y por otras muchas partes— los viajeros románticos. Claro que, a estos, les producía más satisfacción que ya no quedara nada de Atenas en pie sino ruinas, por aquello de la intromisión melancólica del tiempo. De hecho, el paseo que el admirativo Pausanias realiza por el ágora está directamente relacionado con los que solían hacer los atenienses. Sobre todo cuando penetra en un pórtico —el Pórtico Pintado—, ya que los vecinos de Atenas preferían pasear al resguardo de una intemperie que lo mismo podía azotarles en forma de gélida lluvia que de sol abrasador.

Los pórticos eran unas simples galerías cubiertas. Adoptaban la forma de peristilo alrededor de un espacio central, tal vez una palestra donde los púgiles se ejercitaban en la lucha, o bien la de un pasadizo o pasaje, que es la que tiene la llamada *Stoa Poikíle* o Pórtico Pintado, que con tanto detalle describe Pausanias. Constaba de una columnata

abierta hacia el sur, mientras que la abrigaba de los vientos del norte un muro pintado con las hazañas guerreras de los ciudadanos atenienses, como la toma de Troya o la victoria de Maratón, entre otras. Asimismo pendían de la pared algunos trofeos de guerra como los escudos, que se solían colgar desprovistos de la correa abrazadera para que no pudieran volver a utilizarse, detalle que pone de relieve Aristófanes (444-385) en *Los caballeros*, cuando el personaje llamado Morcillero acusa a Paflagonio —trasunto de un célebre demagogo que el comediógrafo no podía ver ni en pintura— de no haberlos inutilizado a fin de que sus sicarios se amparen de ellos cuando llegue el momento de provocar un levantamiento. Conspiraciones aparte, las galerías o pasajes denotan la importancia que los griegos acordaban al paseo o no hubieran construido esos recintos que, en última instancia, no parecen sino fósiles del mismo, paseo fosilizado.

En época clásica había en el ágora otros cuatro pórticos además del Pórtico Pintado. Pero éste adquiriría especial fama, no sólo por su ornamentación, sino porque en él impartiría sus enseñanzas cierto individuo llamado Zenón de Citio (333-264), cuya doctrina filosófica recibiría el nombre de estoica por la estoa o pórtico donde sentó sus reales, mientras la escuela en sí se denominó sencillamente el Pórtico. Ni que decir tiene que la enseñanza la impartía en él a voleo sobre unos paseantes que, lo mismo se detenían a oírle con atención, que pasaban de largo inmersos en sus propias conversaciones y chascarrillos de trotacalles. Pero es que por mucho que las escuelas de Platón, Aristóteles y Epicuro estuvieran más resguardadas del público vagabundo y mirón, no por ello estaban reñidas con el arte del paseo. Antes al contrario, maestro y alumnos o bien departían sobre la lección paseando o bien se entregaban después del estudio al paseo en las zonas habilitadas *ad hoc* dentro las propias escuelas, para meditar, hacer un poco de ejercicio o relajarse.

Hay que señalar que, en Atenas, las distintas corrientes o escuelas filosóficas tomaban el nombre del lugar donde se

impartía la enseñanza. Así, la escuela de Platón (427-347) recibiría el nombre de Academia mientras que la de Aristóteles (384-322) adoptó el de Liceo y la de Epicuro (341-270) el de Jardín. La Academia y el Liceo se hallaban fuera de la ciudad y contaban con un espacio amplísimo. Epicuro disponía de menos, pero no se llamaba el Jardín por nada, aunque se tratase más bien de una huerta para atenerse a los principios de autarquía que predicaba. De hecho, tal y como cuenta Carlos García Gual en *Epicuro* (1981), las habas que producía servirán de alimento a los fieles durante el asedio que sufrirá Atenas durante una de las muchas guerras de aquellos años. En aquel huerto con vocación de jardín se respira una sencillez contagiosa que invita al paseo en agradable compañía:

Resulta —dice García Gual— un lugar de conversaciones y pláticas sencillas y afectuosas. Y es significativo que el Jardín haya pasado a designar a la escuela. Era, sin duda, un retiro apacible en una ciudad frecuentemente agitada y empobrecida, de ilustres recuerdos y de apasionados vaivenes políticos, y una escuela de pensadores modesta, en competencia con el Liceo y la Academia de amplia reputación, en el centro por excelencia del mundo griego.

La Academia creció, a partir de un gimnasio adquirido por Platón, en el jardín del personaje mítico Academo, un olivar sagrado que se hallaba a las afueras de Atenas. En ella, además de filosofía, se estudiaban matemáticas, astronomía, retórica y medicina. Indro Montanelli se hace eco en *Historia de los griegos* (1959) del carácter más bien aristocrático de una institución que contaba con suntuosas instalaciones:

Los libelistas de la época hablan de ella como hoy se habla de Eton, o sea, como la incubadora de muchos esnobismos y sofisticaciones. Los alumnos vestían elegantes capas y tenían un modo muy peculiar de accionar, de hablar y de llevar el bastoncillo. No pagaban matrícula. Pero dado que eran seleccionados únicamente entre las familias más conspicuas (Platón era un franco negador de la democracia) existía entre ellos la costumbre de entregar espléndidos donativos.

Aristóteles, por su parte, montó su escuela en los jardines

del gimnasio dedicado al Apolo Licio. Se trataba de una escuela más modesta que la de Platón, aunque con vocación de clase media, es decir, no al alcance de cualquiera. Cosa que, en cambio, sí sucedía en la de Epicuro. Como Aristóteles tenía la costumbre de impartir sus lecciones caminando por los paseos —peripatos— del recinto, su filosofía se llamó peripatética. Lo cuenta Diógenes Laercio en *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* (siglo III):

Tomó en el Liceo un sitio para pasear, y paseando allí hasta la hora de unirse los atletas, filosofaba con sus discípulos, y de este paseo fue llamado peripatético.

Los paseos filosóficos de Aristóteles con su patulea de alumnos seguían la estela de los que había realizado Sócrates (470-399). Claro que, el viejo maestro de Platón paseaba de dos maneras. Una —la que en cierto modo copiaría Aristóteles— se desarrollaba bajo la forma de tertulia ambulante, es decir, de un caminar departiendo con amigos o conocidos —tal y como se refleja en los *Diálogos* platónicos— y otra, la que más irritaba a sus conciudadanos, consistente en una deambulación en solitario por plazas y pórticos interpelando o discutiendo con quien se pusiera a tiro. Esto último también lo practicaría el célebre Diógenes (412-323), aunque con un método distinto. Lo suyo no era incitar al diálogo y mucho menos emitir discursos doctrinarios, sino provocar mediante interpelaciones sincopadas y chirriantes a los peatones desprevenidos. Por cierto, el cinismo como tendencia filosófica toma nombre de un gimnasio que se hallaba extramuros de Atenas, el Cinosargos (el Perro Blanco) donde abrió su escuela Antístenes (444-365). Diógenes quiso inscribirse en ella pero el maestro le rechazó, aunque no parece que le importara mucho, pues ya había asimilado la doctrina de renuncia y despojamiento del maestro y se hallaba en condiciones de pasearla —multiplicada— por la ciudad, poniendo en apuros a quien se cruzara con él.

PERO, ¿HAY testimonios acerca del modo de pasear en la Antigua Grecia? Los hay. Son abundantes y de distinto tipo y

bastan para conformar toda una panoplia de paseantes. Un ligero antecesor de Pausanias, Plutarco, cuenta cómo al gran Pericles le abordó en plena calle un pelmazo muy desagradable y agresivo que estuvo dándole la murga durante todo el santo día. Pese a que el rector de Atenas tenía fama de altivo y desagradable, no sólo aguantó al cargante hasta la mismísima puerta de su casa sino que aún tuvo el detalle de prestarle un esclavo con candil para que le acompañara, pues se había hecho de noche. Será, sin embargo, gracias a Diógenes Laercio —el historiador del siglo III de nuestra era que se inmiscuye en testimonios antiguos— como podremos saber qué ocurría durante los paseos de los filósofos. Diógenes Laercio explica cómo Arístipo (435-350) sufrió la misma tortura que Pericles. Un pesado muy faltón le acosaba lanzándole maledicencias y palabras torpes en la calle, pero Arístipo, como no estaba dispuesto a soportarle, quiso escabullirse. El latoso no sólo le siguió sino que encima le echó en cara que huyera. Arístipo le contestó filosóficamente, claro: «Huyo porque tú tienes poder para hablar mal y yo no lo tengo para oírlo».

Sócrates debía de ser de otra pasta, porque cuando le señalaron en plena calle que había uno hablando mal de él habría dicho, según refiere también Diógenes Laercio: «¿Hablar mal de mí? No por cierto, nada de lo que dice me toca». El platónico Bión (325-250) no fue menos expeditivo. Un pelmazo estuvo dándole la lata en el ágora a fin de que le ayudara. Aburrido de escucharle Bión le espetó: «Te daré lo que sea pero manda procuradores y, sobre todo, no vendas tú». Caso distinto fue el de Jenócrates (396-314), un discípulo de Platón, que tenía un aspecto tan fiero y brutal, que no sólo no se le acercaba ningún pelma, sino que hasta los individuos más pendencieros de Atenas se apartaban de su paso las pocas veces que subía de la Academia a la ciudad.

El cínico Crates (368-288) solía perseguir a las prostitutas por la calle insultándolas. Pero no por un arranque moralizador, sino para acostumbrarse a sufrir los dicterios y desplantes que le soltaban cachazudas. Diógenes prefería en-

trenarse pidiendo limosna a una estatua, con ello entendía acostumbrarse más bien a la indiferencia. Al famoso Zenón de Elea (490-430) no le gustó que le maltrataran de palabra en público y, como alguien le preguntara por qué le causaba indignación siendo como era el cabeza de la doctrina estoica, es decir, hecha teóricamente para el aguante, respondió: «Si no me indigno, y me acostumbro a los ultrajes y desprecios, tampoco me alegraré de las alabanzas». No pudiendo soportar más a un muchacho hablador, el propio Zenón le espetó que su lengua era ya como sus orejas, pues si éstas eran capaces de recibir las voces y gritos de una multitud no parecía que hubiera menos de un gentío alborotándose en su sin hueso.

El que pasa por creador del escepticismo, Pirro (360-270), era un gran parlanchín. Acostumbraba a no conceder descanso a su lengua ni cuando paseaba ni cuando impartía unas lecciones que acababan yéndose por las ramas. Tanto hablaba que a veces departía por la calle mientras paseaba solo. Un día que le sorprendieron en ello adujo en su defensa: «Estoy meditando el ser bueno». Pitágoras (580-495) era tan mirado que nunca fue visto paseando. Aunque quien vivía en horror de multitudes fue el otro Zenón —Zenón de Citio— que tuvo que lanzar un exabrupto —filosófico— para que se apartase la turba que le envolvía en el Pórtico mientras peroraba, ya que creía que le iban a asfixiar. Timón el Silógrafo (320-230) fue un filósofo pirrónico que estalló al ver a uno de los fundadores de la Academia platónica, Arcesilao (315-240), pasear rodeado de charlatanes y aduladores, es decir, entregado a la bajeza, así que le espetó: «¿A qué vienes tú aquí donde estamos los hombres libres?». Aún habría que añadir un último apunte de Diógenes Laercio a propósito de los filósofos y sus paseos, el que tiene que ver con el también miembro de la Academia Polemón (314-276):

Cuando era preguntado acerca de alguna proposición, dicen que no respondía sentado, sino que se ponía a pasear, por cuya grande urbanidad y cortesía era muy estimado en la ciudad. Ex-

cepto los paseos, siempre habitaba en un huertecillo junto al cual habían hecho los discípulos sus pequeñas chozas.

Así pues, no poco de la filosofía griega está relacionado con el paseo, ya se desarrollara éste en espacios públicos o en lugares más o menos privados, ya contra ciudadanos más o menos impertinentes, ya de manera sosegada y continua —como procedían peripatéticos y estoicos—, o bien a saltos y casi en forma de guerrilla urbana, como hizo Diógenes tanto en Atenas como en Corinto. Pero es que, además, muchos de los diálogos platónicos transcurren en la calle, o por lo menos al aire libre mientras los intervinientes —entre los que no suele faltar Sócrates— realizan determinado trayecto. En el *Banquete*, por ejemplo, Apolodoros aborda a Sócrates y le dice: «¿Por qué tardas tanto en referirme la conversación? ¿En qué podríamos emplear mejor el camino que nos queda hasta Atenas?». El Corifeo de *Los Caballeros* de Aristófanes, que habla por voz del pueblo, pide al Morcillero que le relate su exitosa intervención en la Asamblea:

¡Oh tú que hablas tan bien, pero que has realizado obras mejores que las palabras, cuéntame todo muy claramente! Porque yo creo que andaría un largo trecho para escucharte. Así que, amigo, habla con confianza: todos estamos a tu lado.

En *Fedro*, el personaje que da título al diálogo dice en la traducción de 1871 realizada por Patricio Azcárate:

Vengo, Sócrates, de casa de Lisias, hijo de Céfalos, y voy a pasearme fuera de muros; porque he pasado toda la mañana sentado junto a Lisias, y siguiendo el precepto de Acumenos, tu amigo y mío, me paseo por las vías públicas, porque dice que proporcionan mayor recreo y salubridad que las carreras en el gimnasio.

Ahora bien, la traducción de Luis Gil realizada cien años después ofrece una visión ligeramente disconforme, no sólo por denominar de forma diferente a quien da consejos sobre la forma de pasear, sino sobre todo porque proponer una identificación distinta del lugar por donde hacerlo:

De estar con Lisias, Sócrates, el hijo de Céfalos [vengo], y voy a dar un paseo fuera de la muralla, porque allí pasé mucho tiempo sentado desde el amanecer. Y haciendo caso a nuestro común